opusdei.org

Carta del Prelado (enero 2013)

Jesucristo es Dios y hombre verdadero. Este es el tema de la carta del Prelado en el mes de enero, que trata de la encarnación del Hijo de Dios en las entrañas virginales de María Santísima, por obra del Espíritu Santo.

07/01/2013

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

A lo largo de las santas fiestas de la Navidad, nos hemos acercado muchas veces a la gruta de Belén para contemplar a Jesús en brazos de su Madre. Hemos ido para adorarle, movidos también por el deseo de representar de algún modo a la humanidad entera. Y hoy, al comenzar el nuevo año, leemos con emoción en la segunda lectura de la Misa unas palabras de san Pablo: *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos* [1] .

En nuestras almas crece el afán de comunicar a todo el mundo esta *buena nueva* , como repetía, ¡con novedad!, nuestro Padre, al llegar estas fiestas del nacimiento del Señor. ***Querríamos que le trataran muy bien en todos los rincones, que le recibieran con cariño en el mundo entero. Y habremos***

procurado cubrir el silencio indiferente de los que no le conocen o no le aman, entonando villancicos, esas canciones populares que cantan pequeños y grandes en todos los países de vieja tradición cristiana. ¿Os habéis fijado que siempre hablan de ir a ver, a contemplar, al Niño Dios? Como los pastores, aquella noche venturosa: **vinieron a toda prisa, y hallaron a María y a José y al Niño reclinado en el pesebre *(* Lc *2, 16)*** [2] .

Llenos de asombro, hemos contemplado en los días pasados esta gran manifestación de la benevolencia divina. ¡No cesemos de asombrarnos! ***Es preciso mirar al Niño, Amor nuestro, en la cuna. Hemos de mirarlo sabiendo que estamos delante de un misterio. Necesitamos aceptar el misterio por la fe y, también por la fe, ahondar en su contenido*** [3] . Por

eso, además de imitar a los pastores que acudieron con prontitud a la gruta, podemos fijarnos en el ejemplo de los Magos, a quienes recordaremos en la próxima solemnidad de la Epifanía. Gracias a su fe humilde, aquellos hombres superaron las dificultades que encontraron en su prolongado viaje. Dios iluminó sus corazones para que, en la luz de una estrella, descubrieran el anuncio del nacimiento del Mesías. Fueron dóciles, y esa disponibilidad les condujo hasta Belén. Allí, entrando en el lugar donde se alojaba la Sagrada Familia, *vieron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra* [4] .

Seamos también nosotros dóciles a las mociones de la gracia, que nos llega por medio de los sacramentos; también en la oración personal, al

meditar las escenas del evangelio, y al aceptar de buen grado los consejos de la dirección espiritual, tratando de ponerlos en práctica. Resulta totalmente lógica la exhortación de santo Tomás de Aquino: «Debido a la debilidad de la mente humana, y del mismo modo que necesita ser conducida al conocimiento de las cosas divinas, así requiere también ser conducida al amor como de la mano, por medio de algunas cosas sensibles que nos resultan fácilmente conocidas. Y entre éstas, la principal es la Humanidad de Jesucristo, según lo que decimos en el Prefacio de Navidad: "Para que conociendo a Dios visiblemente, seamos por Él arrebatados al amor de las cosas invisibles"» [5] .

El Credo de la Misa expone con suma sencillez el misterio de la Encarnación redentora, al confesar que el Hijo de Dios , *por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó*

del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre [6] . En estas pocas palabras, que pronunciamos o cantamos acompañadas de una inclinación profunda, se narra el acontecimiento central de la historia, que nos ha abierto las puertas del Cielo. En ese texto, como en una filigrana, se escucha el eco de las tres narraciones de la Encarnación que nos transmiten los evangelios. San Mateo, al relatar la anunciación del misterio a san José, pone en boca del ángel los mismos términos referentes al Hijo de la Virgen María: *le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados* [7] . La encarnación y el nacimiento de Jesús manifiestan la infinita bondad divina: como no podíamos volver a Dios por nuestras propias fuerzas, a causa del pecado —el original y los personales—, Él salió a nuestro encuentro: *tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito,*

para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna [8] . Os recuerdo aquella consideración de nuestro Padre, con la que nos urgía a vivir una fe actual, profunda: ***se termina perdiendo la fe, si no nos quedamos pasmados ante los misterios de Dios*** [9] . ¿Cuidamos con delicadeza el trato con Jesús? ¿Agradecemos esa omnipotencia del Señor que reclama nuestra sumisión, como prueba de amor?

Verbum caro factum est [10] . El Verbo de Dios no sólo se ha acercado para hablarnos, como antes en el Antiguo Testamento, sino que se ha hecho uno de nosotros, descendiente de Adán y Eva, al tomar carne y sangre de la Virgen María; igual en todo a nosotros excepto en el pecado [11] . Ha querido venir al mundo para enseñarnos ***que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las***

profesiones, todas las tareas honestas [12] , y nos insta a que los recorramos santamente, con perfección sobrenatural y humana. ¡Qué infinita y maravillosamente se nos acerca el *Dios con nosotros* !

San Lucas, al narrar la anunciación a Nuestra Señora, recoge la conversación del Arcángel Gabriel con María, explicándole el designio de Dios: *el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios* [13] . En Santa María converge la mirada amorosa de las tres Personas divinas, que la habían elegido desde la eternidad para ser la auténtica arca de la alianza, el refugio de los pecadores, porque en su seno purísimo iba a tomar carne humana el Hijo de Dios. Su respuesta inmediata y decidida — *fiat mihi secúndum verbum tuum* [14] , hágase en mí según tu palabra— abrió paso

a este gran y consolador misterio. Cada día, al recitar el Ángelus, conmemoramos ese momento singular de la historia de la salvación. ¿Con qué devoción surge nuestro rezo? ¿Damos gracias a Nuestra Señora desde el fondo del alma, por su entrega total al cumplimiento del designio divino? Saboreemos más y más la consideración de san Josemaría: ***¡oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —"fiat"— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. —¡Bendita seas!*** [15] .

Todas estas razones, y muchas más que cabría enumerar, se pueden resumir en una sola: «El Verbo se encarnó *para hacernos "partícipes de la naturaleza divina* " (2 *Pe* 1, 4): "Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre, al entrar en comunión con el Verbo, y recibir así la filiación

divina, se convirtiera en hijo de Dios"» [16] .

Jesucristo es realmente la Segunda Persona de la Santísima Trinidad: el Hijo del eterno Padre que ha asumido verdaderamente nuestra naturaleza humana, sin dejar de ser Dios. Jesús no es un ser en parte divino y en parte humano, como una mezcla imposible de la divinidad y la humanidad. Es *perféctus Deus, perféctus homo,* como proclamamos en el *Quicúmque* o Símbolo Atanasiano. Esforcémonos por adentrarnos a fondo en esta verdad; pidamos al Paráclito que nos ilumine para captarla con más hondura, convirtiéndola en vida de nuestra vida, y para comunicarla con santo entusiasmo a los demás. No olvidemos que hemos de manifestar en todo momento, en cualquier circunstancia, el orgullo santo de ser hermanos de Jesús, hijos de Dios Padre en Cristo.

Considerémoslo una vez más: «La fe verdadera consiste en que creamos y confesemos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre. Es Dios, engendrado de la misma sustancia del Padre antes del tiempo; y hombre, engendrado de la sustancia de su Madre Santísima en el tiempo. Perfecto Dios y perfecto hombre: que subsiste con alma racional y carne humana. Es igual al Padre según la divinidad; menor que el Padre según la humanidad. Y, aunque es Dios y hombre, no son dos Cristos, sino un solo Cristo. Uno, no por conversión de la divinidad en cuerpo, sino por asunción de la humanidad en Dios. Uno absolutamente, no por confusión de sustancia, sino en la unidad de la persona» [17] .

Evidentemente nos encontramos ante un misterio tan esplendoroso que la razón queda deslumbrada al considerarlo. Sucede —y la analogía

se queda muy pobre— como cuando alguien intenta mirar directamente al sol y debe apartar los ojos porque no cabe resistir a tanta luz. Ante el misterio de la Encarnación, no hay más alternativa que la que señalaba nuestro Padre: ***hacen falta las disposiciones humildes del alma cristiana: no querer reducir la grandeza de Dios a nuestros pobres conceptos, a nuestras explicaciones humanas, sino comprender que ese misterio, en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres*** [18] .

Precisamente en la gruta de Belén se manifiesta no sólo la infinita caridad de Dios a sus criaturas, sino también su insondable humildad. Ese Niño que emite sus primeros vagidos, que tiene frío, que está necesitado del calor de María y de José, es el Dios todopoderoso y eterno, que, sin abandonar el Cielo para venir a la tierra, quiso despojarse de la gloria

de su divinidad: *siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres* [19] . Ante tan maravillosa realidad, se entiende que nuestro Padre exclamara con frecuencia: ***¿por qué me quieres tanto, Señor?*** **La paradoja cristiana** —comenta Benedicto XVI— **consiste precisamente en la identificación de la Sabiduría divina, es decir, el *Logos* eterno, con el hombre Jesús de Nazaret y con su historia. No hay solución a esta paradoja, si no es en la palabra "Amor", que en este caso naturalmente se debe escribir con "A" mayúscula, pues se trata de un Amor que supera infinitamente las dimensiones humanas e histórica** *s* [20] .

Para que quedase claro que la humildad resulta imprescindible

para recibir la luz de la Encarnación, la Escritura nos cuenta que los primeros testigos del anonadamiento divino —aparte de María y de José— fueron unos pobres pastores que velaban sus rebaños en los alrededores de Belén; gente llana y poco considerada por los demás. El Señor se fijó en ellos porque «lo que atrae la benevolencia de Dios es sobre todo la humildad del corazón» [21] . El mismo Jesús, años más tarde, dará gracias a su Padre celestial: *porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien* [22] .

También los Magos reconocieron al Mesías porque fueron sencillos, generosamente atentos al signo divino. ***Nuestro Señor se dirige a todos los hombres, para que vengan a su encuentro, para que sean santos. No llama sólo a los Reyes Magos, que eran sabios y***

poderosos; antes había enviado a los pastores de Belén, no ya una estrella, sino uno de sus ángeles (cfr. **Lc** ***2, 9). Pero, pobres o ricos, sabios o menos sabios, han de fomentar en su alma la disposición humilde que permite escuchar la voz de Dios*** [23] .

Recuerdo con emoción las veces que san Josemaría ponía ante nuestros ojos la escena del nacimiento del Señor. Hablaba de la ***cátedra de Belén*** , donde Jesús Niño nos imparte muchas lecciones; entre otras, y especialmente, la de la humildad, para que aprendamos a rendir nuestro orgullo y nuestra soberbia, contemplando al divino Infante. Admiremos además que, al fijarse en la Virgen María para hacerla Madre suya, le atrajo —hablando a lo humano— especialmente su humildad, su bajeza: *porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me*

llamarán bienaventurada todas las generaciones [24] .

Esta disposición, que hemos de pedir al Señor, no excluye la aspiración a lograr más eficacia en la tarea que nos ocupa a cada uno, poniendo todos los medios humanos a nuestro alcance para mejorar, para honrar a Dios con nuestro quehacer. Al contrario, como expone el Santo Padre, **se trata de estudiar, de profundizar en los conocimientos manteniendo un espíritu de "pequeños", un espíritu humilde y sencillo, como el de María, la "Sede de la Sabiduría". ¡Cuántas veces hemos tenido miedo de acercarnos a la cueva de Belén porque estábamos preocupados de que pudiera ser obstáculo para nuestro espíritu crítico y para nuestra "modernidad"! En cambio, en esa cueva cada uno de nosotros puede descubrir la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, sobre sí**

mismo. En ese Niño, nacido de la Virgen, ambas verdades se han encontrado: el anhelo de la vida eterna por parte del hombre enterneció el corazón de Dios, que no se avergonzó de asumir la condición humana [25] .

En esta batalla santa para que sólo Dios brille en nosotros, en nuestro trabajo, en nuestro apostolado, acudamos a la intercesión de nuestro Padre, especialmente el día 9, aniversario de su nacimiento, y el 13, aniversario de su bautismo, rogándole que nos obtenga más luces del cielo. No ceséis de rezar por la Iglesia y por el Papa, por los apostolados de la Obra, bien unidos a mis intenciones y conscientes de que necesitamos de la oración de nuestros hermanos los cristianos.

Gracias a Dios, la labor va creciendo en todas partes, pero hemos de llegar a más personas, a más ambientes, a

nuevos lugares: Jesús nos lo reclama desde las pajas de Belén, porque desea que colaboremos con Él en la misión de la Iglesia de llevar la redención a todas las almas. He experimentado las hambres de Dios de tantas y tantas personas, también en mi reciente viaje a Verona —¡qué estupendamente bien se está con vosotros, con los demás!—, a mediados del mes pasado, y las "veo" en las noticias que recibo desde todas las partes del mundo.

Al comenzar el nuevo año, en esta solemnidad de la maternidad divina de María, y en las diferentes fechas que en este mes jalonan la historia de la Obra, invoco —acudiendo a nuestra Madre— la bendición del Señor sobre cada uno de vosotros y vuestras familias, sobre vuestros trabajos y vuestras labores de apostolado. Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

+ Javier

Roma, 1 de enero de 2013.

Notas [1] Misal Romano, Solemnidad de Santa María Madre de Dios, Segunda lectura (*Gal* 4, 4-5).

[2] San Josemaría, Notas de una meditación, 25-XII-1973.

[3] San Josemaría, *Es Cristo que pasa,* n. 13.

[4] *Mt* 2, 11.

[5] Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica,* II-II, q. 82, a. 3 ad 2.

[6] Misal Romano, Ordinario de la Misa, *Símbolo niceno-constantinopolitano* .

[7] *Mt* 1, 21.

[8] *Jn* 3, 16.

[9] San Josemaría, Notas de una conversación, 25-X-1973.

[10] *Jn* 1, 14.

[11] Cfr. *Hb* 4, 15.

[12] San Josemaría, *Conversaciones,* n. 26.

[13] *Lc* 1, 35.

[14] *Lc* 1, 38.

[15] San Josemaría, *Camino* , n. 512.

[16] *Catecismo de la Iglesia Católica.* n. 460. La cita proviene de san Ireneo de Lyon, *Contra las herejías,* 3, 19, 1 (PG VII/1, 939).

[17] Símbolo *Quicúmque* 30-36 (Denz. 76).

[18] San Josemaría, *Es Cristo que pasa* , n. 13.

[19] *Flp* 2, 6-7.

[20] Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas del 17-XII-2009.

[21] Beato Juan Pablo II, Discurso en la audiencia general, 6-XI-1996.

[22] *Mt* 11, 25-26.

[23] San Josemaría, *Es Cristo que pasa,* n. 33.

[24] *Lc* 1, 48.

[25] Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas del 17-XII-2009.

---

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-ni/article/carta-del-prelado-enero-2013/ (12/12/2025)